

Editorial

Crisis del capitalismo y pandemia mundial. El orden de los factores altera el producto

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS

Desde enero de 2020, al menos una cuarta parte de la población mundial ha estado sometida al confinamiento, como medida preventiva, a menudo obligatoria, ante la expansión de la pandemia de COVID-19 ocasionada por el coronavirus SARS-CoV-2. Empero, la crisis sanitaria devela, una vez más, la primacía del capital sobre la vida humana. En términos generales, los sistemas sanitarios se encuentran en una situación deteriorada con insuficiencia de hospitales, medicamentos, personal médico y equipamiento. De hecho, no existe un modelo sanitario ejemplar en el mundo, en virtud de que se le ha conferido preponderancia a los intereses corporativos de la *big pharma*, que subsumen a los modelos de salud pública imperantes a la lógica que prescribe la consecución de ganancias extraordinarias. Sintomáticamente, la industria farmacéutica es una de las expresiones más boyante del capital global mientras que el estado de salud pública es paupérrimo.

Las medidas impuestas por los organismos internacionales, encabezados por la Organización Mundial de la Salud (OMS), y adoptadas con diversos matices por los Estados nacionales, denotan la incapacidad de los gobiernos y sus instituciones para dar respuestas contundentes a la pandemia o, más aún, a la *sindemia*, si se considera la convergencia de la pandemia con otras enfermedades que impactan de manera superlativa a sectores pobres y desprotegidos por los sistemas de salud. Las así adoptadas medidas van desde decretar medidas de sensibilización, pasando por la cuarentena hasta la declaratoria del Estado de alarma o, en el extremo, el Estado de sitio. Pero quizás la medida más socorrida sea la del confinamiento y el distanciamiento entre personas aunado al uso de cubrebocas e higiene personal, lo cual se complementa con el cierre de actividades productivas consideradas «no esenciales», cuyo saldo es una cauda de despidos masivos, desvalorización del trabajo, cierre de empresas y destrucción de capitales. Pese a

los daños generados, han sido escasas o nulas las políticas públicas que atienden las necesidades de las personas de alto riesgo, como enfermos crónicos que no toleran el virus, los desempleados y las familias sin ingresos. El capitalismo ha sido declarado en cuarentena, sin que se emprenda un esfuerzo concienzudo para reconstruir a fondo los sistemas sanitarios, los mercados laborales y la calidad de vida de las personas. No sólo la consabida prédica de «quédate en casa» no ha sido acompañada de la creación de condiciones materiales para posibilitar ese encierro, sino que se espera que el sistema capitalista salga airoso de su propia patología, en tanto se practica una purga de aquellos elementos incapaces de sumarse a la nueva ola tecnológica, productiva y comercial.

Los análisis más difundidos arguyen que esta pandemia ha provocado la actual crisis económica mundial, pero no es así. A la inversa, es la crisis económica mundial larvada, la crisis crónica del capitalismo, el resquebrajamiento de la moderna sociedad capitalista, la que ha fungido como el caldo de cultivo para la propagación de una crisis sanitaria —una pandemia o sindemia— dada las incompetencias institucionales para enfrentarla y las profundas desigualdades sociales que colocan a la mayoría de la población en una zona pantanosa de vulnerabilidad y riesgo permanentes. La idea de que había quedado atrás la crisis que estalló en 2007-2008 no es más que una falacia, como el propio Fondo Monetario Internacional (FMI) se vio obligado a reconocer que había nubarrones en el horizonte ligados a la guerra comercial y al endeudamiento público, pero sobre todo a la deuda del sector privado, se ubican, ambos, en niveles gigantescos y a escala mundial.

La realidad es, entonces, la contraria. Esa crisis profunda, de talante civilizatorio, se traduce en una exigencia sistémica de destrucción de fuerzas productivas, que toma la forma, sobre todo, de una desvalorización de la fuerza de trabajo,

no sólo mediante la precarización del empleo sino también por la devastación de los servicios públicos, particularmente de la red sanitaria, amén de la limitación al acceso a la educación y la vivienda para segmentos crecientes de la población. Ubicados a la izquierda y derecha del espectro político, los gobiernos neoliberales son adictos a los programas de «austeridad» (en realidad ajuste) que realizan recortes draconianos a diestra y siniestra, particularmente los rubros de gasto social y los de ciencia, investigación, tecnología y cultural. Con ello no sólo se desmantelan instituciones, sino que también se destruyen derechos sociales adquiridos por las luchas sociales emprendidas por diversas generaciones precedentes, los cuales son borrados de un plumazo. En tal sentido, se desvanecen actividades estratégicas como la investigación médica y farmacéutica que no se supedita a los criterios estrictos de rentabilidad de las grandes multinacionales del sector. Por tal razón, una enfermedad, una virosis, puede adquirir proporciones mayúsculas, incontables, al superar con creces la capacidad científica, técnica y operativa acumulada por la humanidad para abatirlas de manera oportuna. La problemática actual no será resuelta al superar la pandemia, puesto que no sólo habrá nuevas enfermedades o enfermedades ya conocidas, pero que actúan articuladas entre sí sobre los sectores sociales depauperados y relegados de las redes de protección social.

La pandemia de COVID-19 es un botón de muestra epocal sobre la forma en que aflorar crisis latentes, se aceleran, se disparan y se salen de control, máxime cuando las capacidades institucionales están desvencijadas. De ahí que medidas en apariencia anacrónicas, que recuerdan las épocas medievales de la peste que aniquilaba a la población, sean retomadas y afinadas como prácticas sanitarias necesarias para contener la propagación de COVID-19, presuntamente en momentos en los que se earbola una cuarta revolución científico-tecnológica donde campea la inteligencia artificial, la robótica, la automatización, el internet de las cosas y diversas tecnologías convergentes que interactúan sobre plataformas digitales, las cuales habrían de configurar una fuerza disruptiva, un salto civilizatorio, un salto hacia adelante en la historia de la humanidad, cuando insospechadamente la terca realidad macabra evidenció, una vez más, la fragilidad de la vida humana, anclada en una materialidad capitalista guiada por la mundana relación metabólica entre sociedad y naturaleza. Un simple coronavirus corrobora la fragilidad biológica de la especie humana y la impotencia tecnocrática que sueña con la configuración posthumana.

Sea como fuere, es importante descifrar la secuencia, el orden de causalidad de la actual crisis mundial, porque aquí el orden de los factores sí altera el producto. No obstante, se ha vulgarizado la idea de que el fondo de todos los problemas es el «neoliberalismo». Dicho aserto no sólo es erróneo sino que resulta encubridor de la realidad capitalista, toda vez que se identifica al neoliberalismo con un capitalismo malo, corrupto, inmoral, perverso. Tal discursividad abre una falsa expectativa, donde bastaría extirpar lo malo, lo corrompido, para sanarlo, y configurar en su lugar una suerte de capitalismo bueno, un capitalismo humano, simplemente desprovisto de ese neoliberalismo, a efecto de arribar a un capitalismo posneoliberal, pero al fin capitalismo, cuya lógica interna de funcionamiento sigue siendo la misma: la valorización del valor, la acumulación de capital y su imperativo de obtención de ganancias superlativas, sin reparar en que para ello sea menester degradar compulsivamente las fuentes de la riqueza: el ser humano y la naturaleza. Un hecho lacerante que se sintetiza en la noción de la fractura metabólica y su expresión más acabada de crisis civilizatoria.

Ante la proyección utópica de un capitalismo progresista, un capitalismo innovador y sustentable, el realismo capitalista contesta con la forma cruda en que se desarrolla el capitalismo: contradictoria, errática, anárquica y desordenada; plagada de mecanismos y políticas que operan como dispositivos destructores de las fuerzas productivas que sustentan la materialidad de la sociedad contemporánea.

En tal sentido, resulta por demás ilusa la idea de que la pandemia terminará con el neoliberalismo y, más aún, con el capitalismo. Ni el neoliberalismo ni el capitalismo son una enfermedad, ni mucho menos un virus terminará con ellos.

Los gobiernos en turno, sean de izquierdas o de derechas, en momentos de crisis, difunden la idea de la «unidad nacional» para afrontar las grandes amenazas o desafíos. Esta proposición se remonta a los años veinte, cuando el movimiento obrero («*union sasse*»), los partidos comunistas y los frentes populares aducían, como ahora lo hacen los gobiernos progresistas y populistas, que en situaciones extremas «todos estamos del mismo lado», viajamos «en el mismo barco», pobres y ricos, explotados y explotadores. Con la emergencia de la pandemia se retoman esos decires para obviar las diferencias de clase y promover apegos populares a los gobernantes que no pierden ocasión para amasar poder político. Claramente, las epidemias o la convergencia de enfermedades (sindemia) atacan de manera más letal a

las clases sociales trabajadoras, sobre todo a sus sectores más empobrecidos y desempleados. En consecuencia, el discurso de unidad nacional es una más de las trampas verbales, que busca reconstruir las bases sociales de apoyo al poder político estatal y usarlo para dirimir sus componendas y diferendos políticos frente a sus adversarios, que también disputan las posiciones de poder.

Tras bambalinas se urden un sinnúmero de estrategias que desvalorizan la fuerza de trabajo, es decir, la parte variable del capital. El dinamismo social del conflicto de clases —que más que una mera afirmación ideológica, significa la constatación de los intereses irreconciliables entre los agentes sociales del capital y el trabajo— se expresa de una manera especialmente virulenta durante la crisis, como una embestida en contra de los trabajadores, mediante una combinación de acciones como el despido masivo, el recorte de salarios a trabajadores activos (en algunos casos a la mitad sino es que imponiendo el artilugio de «donar» parte de su salario), la suspensión temporal de labores sin goce de sueldo y la intensificación de trabajos con riesgos de contagio o sin protección, todo ello en el marco de una reclusión en casa sin garantías de ingreso y alimentación, la carencia de seguro de desempleo y la insuficiencia de servicios médicos.

Si bien en algunos casos los gobiernos públicamente no han consentido el despido de trabajadores, en la realidad las empresas están despidiéndolos a su libre arbitrio, y si acaso se ven obligados a indemnizarlos por la observancia de alguna disposición oficial, en un contexto de mayor precariedad y de poca antigüedad en sectores cada vez más amplios, las indemnizaciones son exiguas, las cuales pueden ser de una cantidad igual a un mes por año trabajado, un pequeña remuneración mayor por el despido o incluso nada.

Con todo, la crisis capitalista de los últimos tiempos ya se venía expresando en la forma de una crisis política acumulativa. Los Estados nacionales y sus gobiernos afrontan, de nueva cuenta, una profunda crisis de legitimidad, que no puede ser restañada por los mecanismos de la democracia liberal, la política representativa, ni galvanizada por los medios de comunicación con la puesta en escena de supuestos debates y análisis políticos, mucho menos con la implementación de medidas de fuerza, apuntalada con la militarización y el esparcimiento del miedo y la desinformación. En el ciclo mundial de protestas más reciente, antes de la pandemia, se han verificado movilizaciones masivas en diversas partes del mundo. En cada caso, el factor común ha

sido la explosividad social resultante de las políticas contra los trabajadores y otros colectivos sociales. Pero si las movilizaciones no son articuladas con una perspectiva de salida positiva, encontrarán límites asfixiantes, frustraciones y nuevos detonadores de protestas en el mundo pospandémico disfrazado de «nueva normalidad». Sin embargo, en la medida en que las movilizaciones sigan siendo inconexas, parciales, tematizadas e identitarias, no se logrará construir un poder social, una fuerza política organizada de alcance nacional y global que responda a los enormes desafíos del presente y futuro de la humanidad. Si existe una articulación política de las grandes movilizaciones sociales puede construirse una perspectiva de salida a la crisis, pero sobre todo al sistema mismo, un sistema que padece una colosal crisis orgánica y crónica.

Para las clases trabajadoras y los sectores populares que las complementan, el gran desafío sigue siendo el responder organizativa y estratégicamente a la pregunta del qué hacer para superar, no ya el neoliberalismo, sino al capitalismo mismo. En ese derrotero, es menester articular fuerzas sociales, una potencia política que brinde salidas al orden sistémico que supone el capitalismo mundial. Pululan todo tipo de propuesta reformistas que buscan restañar la crisis y darle viabilidad al capitalismo, como la fiscalidad progresiva, el ingreso básico universal, etcétera. No obstante las buenas intenciones, estas políticas asumen un papel restaurador en tiempos de crisis, que a la postre obra a favor del inexorable proceso de acumulación de capital, la fuerza estructural de la cual dimanaban las contradicciones sociales, ambientales y políticas. Por si fuera poco, las crisis, las catástrofes y las pandemias representan para los agentes del capital una oportunidad valiosa para depurar capitales obsoletos, concentrar capitales y apuntalar grandes negocios.

Con todo, en tiempos de peligro como el actual conviene no olvidar la sentencia preclara de Benjamin: «La experiencia de nuestra generación: que el capitalismo no morirá de muerte natural». 🐦